

EL SER QUE SE DA Y EL DIOS QUE SE ENCARNA

UNA APROXIMACIÓN A CRISTO COMO EXIGENCIA DE VERDAD

La encarnación del Verbo de Dios, que culmina en el misterio pascual de la muerte y resurrección de Jesucristo, es el hecho fundamental y la novedad radical del Cristianismo¹. En la encarnación del Verbo, el Dios infinito y creador se autocomunica amorosamente a lo otro creado (distinto de Él) hasta el límite de hacer de eso otro parte de su propia realidad que le pertenece ya para siempre, para redención y divinización del hombre, para recapitulación del cosmos. Por eso Jesucristo es el centro del tiempo y de la historia. Él es la plenitud del hombre. Esta confesión de fe, irrenunciable para el cristianismo y que supone una nueva concepción de Dios, del hombre y del mundo, ha generado desde el principio un nuevo pensamiento y ha interpelado constantemente a la filosofía a lo largo de la historia.

En efecto, “desde la manifestación del Logos en Cristo, una alianza misteriosa y tenaz ha sido firmada entre la filosofía y la cristología” –comenta X. Tilliette– de tal modo que “la intención filosófica está imantada por el hecho Cristo”². El Cristianismo desde sus orígenes ha estado ligado a la racionalidad filosófica, porque vive de la convicción fundamental de que “in principio erat Verbum” (Jn

1 La encarnación no debe reducirse a un momento puntual de la historia de Cristo sino que abarca toda su existencia culminando en el misterio pascual, donde el Verbo, que ha compartido con el hombre naturaleza humana y peripecia histórica, comparte también con él su destino de sufrimiento, soledad y muerte, regalándole la vida en la resurrección. Por eso, “encarnación” puede referirse tanto al “acto de asunción” de la naturaleza humana por parte del Verbo, como a la “permanente asunción de ésta”. Cf. G.L.Müller, “Encarnación”, W. Beinert (ed.), *Diccionario de teología dogmática* (Barcelona 1995) 235-239.

2 X. Tilliette, “El Cristo de la filosofía”, *Mater Clementísima* (1998) 11-25.